

—¿Es ésa su última palabra, Germana?

—Sí.

—¡Tenga usted cuidado! ¡Me vuelve loco!

Ella alzó los hombros con desdén.

—Que sea lo que Dios quiera.

Josselin se marchó desesperado.

Al día siguiente volvió á ocupar su sitio en la caja; pero estaba tan pálido, tan lívido como un calenturiento; tanto, que el señor Perrolet, aunque no le quería mucho, se acercó á él.

—Si está usted enfermo—le dijo con amabilidad,—es preciso que se acueste; haré que le rempacen.

Rehusó. Era un malestar que se iría como había venido.

Durante todo el día trató de llamar la atención de Germana, pero no lo consiguió.

El bazar se cerró dos horas antes que de costumbre, para hacer los preparativos de la fiesta.

Á las diez se abrieron las puertas para los convidados del señor Bouret.

XXIX

UNA FIESTA EN UNA TIENDA

Las fachadas del bazar de San Germán resplandecían de luces. Era como una irradiación de meteoros en las calles vecinas.

Los bajos relieves de las paredes, los dorados de los pórticos, las cariátides grandiosas de la entrada principal, estaban inundadas de claridad. Guir-

naldas de fuego corrían sobre las cornisas del monumental edificio; las lámparas de mil mecheros de gas despedían reflejos de incendio por todos los costados de este palacio del comercio.

En el interior, las sederías, los lienzos, las diversas mercancías, los muebles, las cajas, habían desaparecido.

¿En dónde habían metido todos aquellos millones de objetos y cómo los habían transportado? No se podía adivinar. No quedaba nada. Parecía que un hada los había hecho desaparecer con su varita mágica.

Muchas veces nos admiramos del trabajo de esas bestiecillas que siempre se ofrecen como modelo de actividad y que se llaman hormigas.

Levantán montañas, cavan subterráneos, dibujan caminos y amontonan en sus graneros ó en sus cuevas provisiones enormes.

Es el número concertado por la unión lo que produce este milagro.

El almacén estaba convertido á la vez en sala de espectáculo ó de baile, sala de concierto y salón, pero ¡qué salón!, inmenso, monumental.

En las galerías que formaban las escaleras al reunirse en los rellanos, veíanse grandes tapices, como en otros tiempos los terciopelos y los tisues en los balcones de los palacios de Milán y de Florencia.

En los *panneaux* se veían jarrones raros y decorativos y cuadros de celebrados maestros, procedentes de la galería del señor Bouret.

Uno de los salones, el de la biblioteca, había sido convertido en *buffet*.

Era extraordinario el cúmulo de manjares y de botellas. Los cocineros del dueño habían echado

el resto de su ciencia. El gusto y la espléndidez se habían unido, ayudándose para obsequiar á los invitados.

La orquesta de la casa, colocada en el *hall* del centro, bajo la colosal araña en la que el oro del gas se fundía con la plata pálida de la luz eléctrica, dió comienzo al concierto con la overtura de *Semíramis*.

Los invitados ocupaban el mejor sitio. Los empleados, hasta el fin del concierto, estaban relegados en las galerías superiores, desde donde se disfrutaba de un golpe de vista encantador.

El Bazar de San Germán es tan espacioso, que los diez mil invitados del señor Bouret podían circular por grupos, apoyarse en las balaustradas y sentarse sobre banquetas de terciopelo.

Allí estaba el alto y el mediano comercio de París; todo lo que tenía alguna relación con los bazares en donde se venden esos millares de objetos relacionados con la *toilette* de la mujer. Los fabricantes de perfumería, de pasamanería, de sedas, de paños, de telas, se encontraban en gran cantidad. Era una barahunda de gente, menos compacta, sin embargo, que la de los grandes días de venta; las señoras iban vestidas de baile y los hombres de frac, formando un conjunto abigarrado, variado, aquella diversidad de trajes de todos colores, de hombros descubiertos, de gargantas al aire, en donde los brillantes relumbraban como multitudes de estrellas.

Al comercio le gustan los brillantes sólidos, y las perlas son tan hermosas sobre la piel de una burguesa como sobre la de una reina, cuando la burguesa es fresca y bonita, lo que es muy frecuente entre el mundo parisien.

En un rincón, en el tercer piso, Josselin, con traje negro y corbata blanca, estaba apoyado, inmóvil, buscando una sola cabeza entre aquella muchedumbre, indiferente en apariencia á lo que pasaba en rededor suyo.

—Mira—dijo Cipriana bastante alto para que la oyesen,—Josselin está esperando á *Capricho*. Ni siquiera se volvió.

Muchas de aquellas señoritas lucían hermosos trajes.

La señorita de almacén ó de bazar es muy elegante cuando ella quiere. No hay que juzgar sus gustos por los trajes sencillos y casi uniformes que llevan para el trabajo. Los días de salida ya no parecen las mismas.

La crisálida se vuelve mariposa.

Esa noche había una infinidad de crisálidas transfiguradas en los pisos superiores. Las había morenas, rubias y rojizas. Las había delgadas, distinguidas, bien formadas. Las había escuálidas y rechonchas, pero no estaba Germana.

Germana dudaba si ir ó no; Germana, á pesar de su bravura, tenía miedo. La excitación del cajero le asustaba. Las amenazas del saboyano zumbaban en sus oídos. No lo creía; pero ¿y si le daba la locura? Los periódicos estaban llenos de dramas por celos, en donde el vitriolo, ¡el espantoso vitriolo!, el puñal y el revólver tenían un papel muy importante.

El señor Labievre había estado rondando todo el día en rededor de aquellas señoritas.

Al pasar por la sección del calzado, había dicho á la gorda Pulcheria:

—¡Eh, señorita! ¡Esta noche va usted á mostrarse en todo su esplendor!

Al oído de Cipriana había dicho:

—¡Se va á poder bailar con su Sosthene!

Á Germana la había recomendado mucho que se pudiese guapa para deslumbrar á los burgueses que acudiesen á la fiesta.

—¡Queremos lucir nuestras maravillas!

Nada hay que adorne un salón en un día de fiesta como una muchacha hermosa.

Habría que estar en su puesto para sostener firme y muy alto el pabellón de la casa Bouret.

¿Y á quién confiárselo sino á la señorita Germana, la más guapa entre las guapas?

Á la pobre muchacha la temblaban todos sus miembros solamente al pensarlo, oyendo al señor Labievre.

Ella no había prometido nada al inspector, pero el señor Perrolet se había mezclado en el asunto y había insistido, en unión del señor Bouret.

El señor Perrolet le suplicaba con la mirada.

Quería verla en todo el esplendor de su belleza, como el señor Labievre. Y acaso, en medio de la animación del baile, encontraría la energía suficiente para hacerla su declaración.

Tanto había insistido, repitiéndola veinte veces: «¿Vendrá usted, hija mía?», que ella había concluido por contestar, con una palpitación en el corazón:

—Sí, señor Perrolet.

El concierto concluía sin que se la viese aparecer. La estrella no se alzaba en el horizonte.

Josselin estaba inquieto.

En aquel hormiguero no veía más que tinieblas. La que para él era la única luz, el solo astro que podía disiparlas, no se encontraba allí.

El señor Perrolet estaba también sobre ascuas.

Después de la orquesta, los solistas interpretaron diferentes trozos musicales, que fueron muy aplaudidos.

El señor Bouret, cuando se le metía en la cabeza dar un festival, quería que fuese completo. Había hecho bien las cosas y había invitado á los más notables de los violoncelistas de París, en donde, si hay pobres compositores, hay también *virtuosos* de verdadero genio musical.

Ravinel, el amable flautista; Marix, el maravilloso violinista, acababan de tocar las variaciones de un concierto, en el que habían demostrado sus cualidades exquisitas.

Una señorita de la ropa blanca, que se obstinaba, no se sabe por qué, en vender pañuelos y cuellos, cuando podría debutar en la *Ópera Cómica*, acababa de cantar, con una hermosa voz de contralto, el aria del *Pré-aux-Clercs*.

Y Germana no parecía.

El señor Perrolet ya no podía más; tenía impaciencia hasta en las falanges de los dedos y le zumbaban los oídos.

Diez veces estuvo á punto de salir, meterse en un coche y correr á la calle de la Sourdière para saber á qué causa obedecía la ausencia.

¡Una desgracia sucede tan pronto!

Por fuerza debía de sucederle algo á Germana. Ella, tan exacta de ordinario, se retrasaba de un modo que no se explicaba sino habiéndole ocurrido un accidente.

Podía ser también que estuviese detenida en el barullo de carruajes de las calles colindantes con el Bazar, pues todo el barrio se hallaba en movimiento con motivo de la fiesta solemne, ó

que á última hora se encontrase con que le faltaba algún objeto indispensable para su *toilette*.

El señor Perrolet se consumía.

Vió á su amigo Labievre, que se paseaba, radiante como un ministro, entre los grupos, dirigiendo sus felicitaciones á unos, recibiendo los cumplidos de otros por la buena organización de la fiesta, con la dignidad de un hombre que triunfa, pero que tiene la costumbre de ello.

—En casa del señor Bouret no hay nada imposible—decía él.—¡Qué es lo que no se haría para ser agradable á un hombre tan bueno! ¿Y qué es lo que no hace por su clientela y sus amigos?

Por nada, el excelente inspector hubiese repetido á todos los concurrentes el sistema de ventas de la casa. «El sistema es venderlo todo con poco beneficio...; y todo objeto que pueda no gustar...» etcétera, etc.

—¡Ah!, señores—repetía;—esto está muy bonito, ¿no es verdad? Pero si supiésemos que había quien lo hiciese mejor que nosotros, no podríamos dormir un solo momento.

Presidía el reparto de los refrescos, que hacía circular con gran prodigalidad en los intermedios de la música.

Los inspectores y los principales empleados se multiplicaban para agasajar á los invitados, recibiendo á los que llegaban tarde con una amabilidad para cada uno.

El señor Perrolet, al contrario, estaba completamente apartado de todo lo que pasaba.

Su intranquilidad y su inquietud eran visibles para todo el mundo. Ni siquiera trataba de disimularlas.

Nunca se le había descompuesto su fisonomía hasta el punto en que se le descompusiera aquella noche.

Á todos cuantos encontraba les pedía noticias de su adorada; así, que desde una punta á otra de la galería volaba una frase de boca en boca.

—¿Habéis visto á *Capricho*? ¡Se le ha perdido al señor Perrolet!

Y el eco repetía: ¡*Capricho!* ¡*Capricho!*

La gorda Pulcheria se reía como una loca.

El señor Perrolet, desesperado, se acercó al señor Labievre, que por casualidad se hallaba desocupado en aquel momento.

—¿No la ha visto usted?—le preguntó.

—¿Á quién, señor Perrolet?

—Á la señorita Germana.

—¡Pues es verdad! Ahora me hace usted pensar en ella. No, no la he visto.

—Sin embargo, ella me ha prometido venir.

—En efecto, señor Perrolet. Estará escondida en algún grupo. ¡Hay tanta gente esta noche aquí!

Esta reflexión le tranquilizó durante un momento.

• A esa hora había una concurrencia imponente.

Eran casi las doce.

El señor Perrolet continuó sus pesquisas.

Orfeo, después de la huida de Eurydice, no había pasado por trances más crueles que el señor Perrolet.

Á las doce en punto el concierto concluía; las últimas notas de *La Invitación al Vals*, ejecutada magistralmente por la orquesta, vibraban todavía en los ecos de la tienda, y Germana continuaba invisible.

Entonces hubo un gran movimiento en la concurrencia.

El baile iba á suceder al concierto. Cada uno tomaba sus disposiciones y se preparaba á sacar pareja.

Todas las señoritas de la lencería, de los vestidos, de las canastillas, de las modas y hasta de las botas, con sus mejores trajes, se precipitaban por las grandes escaleras, dándose golpecitos en sus faldas y mirándose en los espejos de los salones, para asegurarse de que sus cabellos, sus cuerpos y sus ramos de flores estaban impecables, y dirigirse esa mirada de muchacha bonita que se encuentra bien.

La rubia Pulcheria, la reina de las botas, apretada en su vestido de cachemir azul claro, el cuerpo muy atrevidamente escotado, radiante de alegría, ardiente de placer, buena muchacha en el fondo, pasaba al lado de Josselin, siempre clavado en su sitio.

Ella notó el aire lúgubre del cajero.

—¿No baila, señor Josselin?—le preguntó:

Él sacudió la cabeza.

—¿Es Germana la que le pone triste?

—No.

—Sea franco. Ella no le quiere, según dicen. ¿En dónde está el mal? Deje á esa coqueta. Una perdida, dos encontradas. Así hay que ser. ¿Verdad, Cipriana?

—¡Oh!—dijo Cipriana.—Yo, si Sosthene me engañase, no sé lo que haría.

—¿Te tirarías acaso al agua?

—¡Es posible! Pero no me engañarás, ¿verdad, Sosthene? Júralo.

—Yo lo juro—dijo el ardiente tendero de som-

brillas y bastones.—¡Antes me atravesaría el cuerpo con un paraguas!

—¡Son estúpidos todos estos jóvenes!—pensó la gorda Pulcheria bajando la escalera.—Si se matasen por tan poco, pronto se quedaba París sin nadie. No quedaría ni uno siquiera para enterrar á los otros.

Estaba en lo cierto la alegre muchacha.

El señor Perrolet, desesperado, se decidió á salir de la tienda, para ponerse á buscar á Germana.

La fiesta estaba en todo su apogeo.

En aquel momento, un coche se paró delante de él, y la segunda de las modas bajó.

El señor Perrolet lanzó un suspiro de satisfacción.

—¡Por fin!

Había esperado, pero podía estar orgulloso de su protegida.

Entre las mujeres que allí había, y algunas eran singularmente guapas, ninguna podía compararse con ella.

Germana estaba en la plenitud de la hermosura. Su traje era una obra de arte, de sencillez y buen gusto; todo blanco, pero de ese blanco crema que es una caricia para los ojos, discretamente escotado y cerrado, con un ramo de rosas pálidas.

El traje no era de mucho valor, pero las mujeres apreciaron este detalle que se sobrepone á todos los demás: estaba divinamente hecho.

El señor Perrolet no pudo contener una exclamación de admiración.

—¡Por poco no vengo!—dijo Germana excusándose.

Culpó á la modista que no la había llevado el traje hasta última hora, y ésa era la causa del retraso.

Mentía; pero ¿podía confesar la verdad sin exponerse á que echasen á Josselin, que le daba miedo?

¡Amenazar á Germana! ¡Un cajero que decía estar enamorado de ella! ¡Hablar de venganza y de muerte!

Entonces el patrón, aquel modelo de bondad y de misericordia, hubiese tenido su primer acceso de cólera. El cajero se hubiera encontrado con que, antes de darse cuenta, le habrían enviado á sus tierras saboyanas, en la garganta de Anterne y de Servoz ó Chamounix, á jugar al *tarrau* con los piemonteses, á la choza de su padre, el cazador furtivo, y todo hubiera concluído.

Germana estaba allí y no decía nada; pero había dudado mucho antes de ir.

Sin dar crédito á las amenazas del irascible enamorado, le acometieron ciertos presentimientos. Se había vestido muy despacio, y, mientras se ponía guapa, tenía como una vaga presunción de que era la última vez que se componía, y que lo estaba haciendo para la muerte.

Se reía de su miedo mientras se retorcía el pelo delante del espejo. Pero por mucho que se repetía:—Soy bastante estúpida para pensar en esos horrores,—sentía escalofríos.

Cuando estuvo ya vestida, puso en un dedo, por última coquetería, la sortija verdaderamente magnífica que su amante la había regalado, y que era lo único que había conservado de él.

Se entretenía en ver las luces que arrojaban los brillantes alrededor del ópalo muerto.

No se hubiera atrevido á llevarla con la mano desnuda.

Pero no se la verían debajo del guante. Y la conservó puesta.

Durante todo el camino fué preocupada.

Pero cuando entró en la casa, al verse en medio del tumulto de la fiesta, con el ruido de la orquesta y de la multitud, entre los grupos de las que bailaban y daban vueltas entusiasmadas con el célebre vals de Strauss *La vida del artista*, sintió que se disipaban sus temores como la visión de un sueño interrumpido.

La animación de los otros le contagió.

En un cerrar y abrir de ojos la separó del señor Perrolet una oleada de gente que se disputaba el atrayente vals.

Desde aquel momento no se dió cuenta de nada; en el torbellino de mazurkas, en los lanceiros, Germana lo olvidaba todo, Josselin como lo demás.

Apenas ella le entrevió en el balcón, donde estaba solo, inmóvil, como un ave de rapiña sobre una rama.

Concedió con una gracia encantadora al señor Perrolet, que era un bailarín del antiguo régimen, una modesta cuadrilla en la cual él desplegó una coreografía especial. Entonces fue cuando se atrevió, por primera vez, á apretarla la punta de los dedos y, dando suspiros, hacerla declaraciones de amor, cuya expresiva intención no pasaba de estas palabras:

—¡Ah! Señorita Germana, ¡si quisiera usted!...

—¿Qué, señor Perrolet?

—¡Sería usted la más dichosa de las mujeres!

—Si yo no soy desgraciada, señor Perrolet.

—Quiero decir la más adorada.

—¡Ah! Eso sí que es más raro—dijo ella sonriendo tristemente.

Sabía por experiencia que las adoraciones de los hombres no duran más que un poco y pasan.

A las tres y media, algunos convidados empezaron á desaparecer.

El *buffet* sufría un verdadero asalto.

Pero quedaban todavía rabiosos aficionados al baile: los jóvenes; la animación era todavía ensordecedora y la música se oía siempre.

La orquesta redoblaba su energía y transportaba de tal modo, que en los rincones más apartados, algunos bailarines, más atrevidos que otros, estrechaban suavemente á sus parejas.

La gruesa Pulcheria levantaba demasiado los pies para que los curiosos pudieran ver sus medias de seda azuladas, parecidas á su traje.

El champagne que los amigos de la sombrería la habían hecho beber, comenzaba á producir su efecto.

La pequeña Cipriana, asida del brazo de su muy feliz Sosthene, se apoyaba en él, cansada ya por una serie de valsés galopantes.

—Vámonos—repetía ella con voz moribunda á cada instante.

Y se acercaba á su oído, murmurando con abandono:

—Sosthene, vámonos.

Él se resistía por la primera vez á las instancias de su adorada. Tenía unas ganas locas de emanciparse, pues empezaba á sentir el peso de una fidelidad demasiado prolongada.

Al fin Cipriana triunfó en estas fatales tentaciones, y desaparecieron.

Germana acababa de bailar una mazurka con un *gentleman* de la alta industria, que la era completamente desconocido, y la dejaba en el *buffet*, siempre presidido por el señor Labievre, cuando en el ángulo del gran salón, en el que los dorados resplandecían de luces, se encontró frente á frente con Josselin. Instintivamente retrocedió; pero tenía el aire tan triste, que no quiso huir.

Además, se tranquilizaba viendo los numerosos grupos que pasaban cerca de ellos con ese alocamiento de las gentes que corren tras de sus placeres y aprovechan los últimos momentos de una fiesta.

—¿No se va usted todavía, Germana?—la dijo él con dulzura.

—No. ¿Por qué esa pregunta?

—La hubiera ofrecido acompañarla.

Ella enderezó la cabeza con un gesto de susto.

—¡Oh! ¡Después de la escena de ayer! No lo piense usted.

—Sí, esperaba que me hubiese usted perdonado.

—¿Por qué?

—Porque la amo.

—Dejemos eso—dijo ella.—Deseo que se le pase su locura. El señor Perrolet debe acompañarme—añadió aturdidamente.

—¡Ah!—dijo.—¡El señor Perrolet! ¡También él la ama!

—Yo no sé nada; no me lo ha dicho.

—¡Es el dueño, el señor Perrolet! Usted escuchará al señor Perrolet como al duque de Rochelbonne.

Él hablaba sin levantar la voz; despacio, pero con un acento amargo.

Germana trató de alejarse.

—Es usted siempre el mismo—dijo ella.— Tal vez no sea culpa suya. Yo no puedo amarle. Adiós.

—No, todavía un minuto, el último. ¿No tendrá usted compasión de mí?

—Se engaña usted, Andrés. Si yo no me compadeciese de usted, hubiera revelado su conducta con respecto á mí y sus amenazas, y ya no estaría usted en esta casa, ¿no es verdad?

—¡Sí! Pero no es de esa clase la compasión de que la hablo. ¿Qué me importa estar aquí ó en otra parte, picar piedras en Servoz ó envolver papel en una tienda? Mire—dijo conteniéndose,— nos observan. Tome usted mi brazo. Escuche mi última palabra. Me voy á marchar. Voy á dejarla para siempre, á separarme de usted. Me voy á un sitio en donde no se ocuparán de mí, donde yo no estaré en lucha con las miradas irónicas, con las burlas de los envidiosos estúpidos que se alegran del mal que me ha hecho usted.

—¿Parte usted?

—Sí.

Él la había arrastrado dulcemente hacia una galería en plena luz, á dos pasos del *buffet*, pero donde no había nadie.

Arrojó una mirada rápida en derredor suyo. Bruscamente la cogió por los puños.

—¡Pero usted partirá conmigo!—dijo él.

Ella trató de pedir socorro; pero su voz, ahogada por el susto, se perdió entre el ruido del baile y de la música.

La fisonomía de Josselin estaba descompuesta; sus ojos encarnados, ardientes, asustados, se fijaban en ella como los de un loco.

—¡No quieres ser mía!—murmuró él apretándola los brazos hasta casi rompérselos.

—¡No!

—Ya te lo había advertido, Germana. ¡Tú no serás de nadie!

Lanzó un grito ahogado.

—¡Miserable!—dijo ella.

Algunos segundos después, el señor Labievre, al salir del gran salón, distinguió una masa blanca caída en la galería, se aproximó á examinarla y retrocedió asustado ante el aspecto de la joven tendida á sus pies.

Un grupo de curiosos los rodeaba ya.

Se arrodilló cerca de la desgraciada, que seguía sin conocimiento.

La cabeza de Germana, apoyada en la balaustrada dorada, tenía una lividez mortal.

Su brazo izquierdo, que aparecía doblado sobre el pecho, estaba ensangrentado. El inspector creyó que se había herido al caerse y la arrancó el guante, que debía de ocultar alguna herida.

La sortija de diamantes se le apareció con sus luces brilladoras.

Era una revelación; pero en su indulgente bondad la hizo deslizar de la mano de Germana á la suya y ocultó á los ojos del señor Perrolet, que acudía apresuradamente, aquel signo acusador.

—¿Qué hay?—preguntó el amigo de Bouret.

—¡Una desgracia!

Pero se ignoraba su gravedad.

De repente el señor Labievre se levantó blanco de terror.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó.

Un hilo de sangre corría del costado de la joven y se esparcía por el suelo.



—¿No quieres ser mía?— murmuró él...
¡Pues no serás de nadie!

—¡Un médico!— gritó el señor Perrolet desesperado.—¡Un médico!

El doctor Auger, joven y ya célebre, amigo de la casa, estaba allí todavía, divirtiéndose como un simple mortal y bailando con un ardor que le recordaba sus buenos tiempos del barrio Latino.

Corrió con el señor Bouret y examinó la herida.

El señor Bouret, impasible, pero profundamente turbado— los hombres verdaderamente valientes saben ocultar sus impresiones á los demás,— esperaba la sentencia del doctor.

El señor Perrolet, más pálido que la herida, se apoyaba en la barandilla con un temblor nervioso.

Cuando el doctor se levantó, le echó una mirada llena de mortal ansiedad.

—Esto ha concluído— dijo el cirujano.

El señor Perrolet ahogó un grito desesperado y se desplomó como una masa.

—Llévadle— ordenó el señor Bouret á los mozos— á mi casa y tened cuidado de él.

Y, dirigiéndose al cirujano:

—¿Es un crimen?

—Lo parece.

La han sujetado el brazo con una mano y la han dado el golpe con la otra. Mire usted.

—¿No hay esperanza?

El doctor aplicó el oído al pecho de la joven. Se le oía el estertor.

—Ruegue á todo el mundo que se retire— dijo el médico.— Solamente un milagro puede salvarla. La herida es muy profunda.

En aquel momento Germana entreabrió los ojos.

—¿Quién es el que la ha herido, hija mía?—
la preguntó el señor Bouret.

Ella contestó con una sublime mentira:

—Yo no lo sé.

Y cayó en un anonadamiento.

XXX

JUSTICIA

A pesar del silencio de su víctima, la culpabilidad de Josselin no tardó en saberse.

Al día siguiente por la mañana no pareció por el bazar de San Germán.

El señor Bouret, que tenía sus dudas, envió á su casa.

La portera no le había visto bajar. Había debido entrar al amanecer, y sin duda debía estar en su cuarto todavía.

Subieron. El cuarto estaba cerrado.

Llamaron y no contestó.

Entonces forzaron la puerta.

Un espectáculo horrible se ofreció ante los ojos de los asistentes.

Josselin, completamente vestido, estaba tendido en su cama, con el pecho atravesado por dos espantosas heridas.

El puñal que había herido á la pobre niña lo tenía clavado en la segunda herida.

En la mesa, cerca de la cama, se veía una carta abierta.

Contenía estas palabras:

«Germana mía:

Voy á reunirme contigo. No has querido amarme en este mundo; tal vez me ames en el otro. Me mato con el cuchillo rojo con tu sangre, y eso es una dicha que me hace olvidar las torturas que te debo.

Espérame. Te adoro.

JOSSELIN».

Estaba muerto.

Debía haber sufrido cruelmente.

Tenía los dedos clavados en las ropas desgarradas, pero sus facciones habían recobrado la calma que la muerte, después de las últimas convulsiones, imprime en la fisonomía del hombre.

Había pagado su deuda.

El arma de que se había servido era un pequeño puñal, con la hoja triangular muy afilada. Como recuerdo quizá de su primera educación, el puñal tenía la forma de una cruz.

Se había dado las puñaladas tan fuertemente, que la hoja había entrado hasta el puño.

El asunto hizo poco ruido.

Los periódicos hablaron de ello algunos días, con frases encubiertas y sin precisar detalles. Tal vez no conocían más que imperfectamente las circunstancias de este drama íntimo.

La mayoría de los invitados del señor Bouret á la fiesta del bazar de San Germán no oyeron hablar más que muy confusamente de ello. Supieron que una joven había sido herida y que se trataba de una escena de celos, pero no se explicaban otra cosa.

Algunas semanas después, gracias al hábil cirujano que la curaba y á la solicitud del señor Bouret, y gracias también á la abnegación del se-